

que la santa Escritura representa á Samuel, es decir, teniendo el cuerpo, los ojos y el espíritu fijos y tranquilos, cual si nada de particular le ocurriese; mientras que los demás eclesiásticos le miraban y asistían con veneración profunda. Como el emperador nunca había presenciado un espectáculo semejante, se vió vivamente conmovido, su vista se oscureció, su cabeza se turbó, y un grande terror se apoderó de su alma. Pocas personas se apercibieron de ello en un principio; pero cuando se acercó al altar para ofrocer sus dones, nadie se presentó á recibirlos, porque no se sabía si el santo prelado los aceptaría. Entónces fué cuando toda el mundo se apercibió de la turbación del emperador, pues empezó á temblar, y si uno de sus ministros no se hubiese apresurado á sostenerle, hubiera caido desfallecido.

Nada tan glorioso para san Basilio como el triunfo que acababa de conseguir, pero no por eso perdió nada de su humildad, y escribiendo á Eustaquio, obispo de Sebaste, que más tarde se hizo su perseguidor, despues de darle las gracias por haberle enviado á Eleusino, para que le auxiliase en los combates que tenía que sostener, añade que estos combates habían sido tan muy grandes; pues tuvo en contra suya á los principales oficiales de la corte imperial, y sobre todo al prefecto del Pretorio, pero que al mismo tiempo daba gracias á la misericordia divina que le había fortalecido, no permitiendo que se mostrase débil y vacilante en la fé.

Aún cuando Valente había resuelto dejar en reposo á san Basilio; pero como era esclavo de los arianos que, al par que le obedecian, le engañaban, quiso hacer una nueva tentativa en su favor, y viniendo de nuevo á la iglesia, le obligó á que se hiciese de su partido; pero fué tan poco obedecido como antes. Entónces mudó de resolución, y se determinó á desterrarle. Hallábase todo dispuesto para la

ejecución de esta órden, que, al mismo tiempo que colmaba de gozo á los herejes, llenaba de consternación á los católicos. Al llegar la noche estaba el carro dispuesto; pero mientras Valente, dice san Gregorio, expedía el decreto contra el Santo, Dios daba otro contra el hijo único de este príncipe, llamado Galato, de seis años de edad, que fué repentinamente acometido de una fiebre tan violenta, que, à pesar de los remedios empleados, hacía desesperada su curación. La emperátriz Domínica se vió afligida aquella misma noche por espantosos fantasmas que la llenaron de terror. Tanto ella como su marido reconocieron en estas desgracias las venganzas que Dios les preparaba por la injuria hecha al Santo; así es que Valente recurrió á la fé del que acababa de condenar. Pero causábale vergüenza llamarle por sí mismo, despues de la conducta indigna que había empleado con él. Entónces comisionó á dos cortesanos, para que le atrajesen al palacio con objeto de visitar al niño. San Basilio, tan humilde como caritativo, no quiso aumentar la regia desgracia con su negativa; así es que al punto se trasladó al palacio, y apénas entró en él, empezó el niño á sentir alivio. Aseguró el Santo al emperador que curaría enteramente, si le prometía que sería educado en la fé católica, y que recibiría el bautismo de manos de los ortodoxos, y si él mismo abrazaba la verdadera fé y se unía á la Iglesia. Sabemos por san Efrén que Valente prometió hacerlo, y que haciendo oración san Basilio, quedó curado el niño. A pesar de estas promesas, éste fué bautizado algún tiempo despues por los herejes, y en seguida murió. Los demás autores refieren estos hechos de distinta manera; pero todos convienen en que Galato murió cuando recibió de los arianos el bautismo.

Esta muerte fué para Valente y para toda su corte una desgracia que los humilló y afligió en extremo, y fué causa de que se detuviese el destierro de san Basilio, pues todos

creían que Dios había herido al hijo para castigar á los padres. Así es, dice Rufino, que, temerosos de nuevas desgracias, enviaron á suplicar al Santo que orase por ellos. Pero lo que no puede concebirse, si no se supiera que el espíritu de la herejía es opuesto al Espíritu de Dios, es que, despues de estas señales de la protección divina sobre Basilio y de su cólera contra la casa del emperador, se dejase arrastrar este príncipe por los arianos hasta el punto de desterrar á este hombre incomparable. Es que su constancia lo hacía de dia en dia más odioso á sus ojos, y sus prodigios les irritaban en lugar de convertirlos.

Entónces fué cuando dió la órden de destierro; pero cuando se la presentaron á la firma, rehusó la pluma coadyuvar á su iniquidad, y se rompió ántes de que pudiese trazar un solo rasgo. El tirano más insensible, dice san Efrén, que la misma pluma, no se admiró de verla romperse, sino que pidió otra, que también se rompió. « Tomad otra, ó emperador, exclama este Santo, vereis que también se rompe, ántes que cooperar á vuestros malvados designios. » En efecto, también se rompió la tercera. Añade Teodoreto que, obstinándose Valente en firmar la órden impía, sintió su mano turbada y temblorosa, y lleno de horror, hizo pedazos el papel que la contenía.

Valente asistió segunda vez á la Iglesia, y oyó la instrucción que san Basilio dirigía á su pueblo. Cuando hubieron terminado los santos oficios, entró en el interior de los sagrados velos, es decir, en el lugar más próximo al altar, á donde san Basilio le había llamado, y conferenciaron acerca de la fé, lo cual deseaba Valente hacía mucho tiempo. San Gregorio Nacianceno, que se hallaba presente, dice que el Santo se expresó con elocuencia divina. Demóstenes, intendente de la imperial cocina, y de quién ya hemos hablado, se hallaba entre los personajes de la corte, y al pretender contradecir al Santo, no dijo más que

necesidades. Sonriéndose entónces Basilio, dijo : « ¡ Vah ! Demóstenes no sabe habrar. » Ofendido el cocinero, y lleno de cólera, respondió que emplearía contra él el hierro y el fuego que eran los instrumentos de su oficio. Pero san Basilio se contentó con responderle que cuidase de que la comida y las salsas de la mesa del emperador estuviesen bien dispuestas, que era su obligación; pues en órden á las cosas de Dios, tenía los oídos muy tapados para oirlas. « De esta manera, dice san Gregorio Nacianceno, envió á este nuevo Nabuzardán á que cuidase de su cocina. »

Quedó tan complacido el emperador de su entrevista con Basilio, que dió al hospital de leprosos, de que ya hemos hablado, las mejores tierras que había en aquel partido, y éste fué, dice el mismo san Gregorio, el principio de la dulzura que desde entónces empezó á usar con los católicos de la Capadocia y del Ponto, lo cual quebrantó en parte la impetuosidad del torrente que venía asolando el Oriente. Pero aún lo que debe admirarse más, y lo que demuestra que la firmeza de san Basilio fué un poderoso auxilio para los fieles, es que Valente le dió la comisión de elegir obispos para las iglesias de la Armenia, y claro es que esta elección no recaería en arianos. Hé aquí un nuevo triunfo de este incomparable Santo. El prefecto Modesto, se vió obligado á reconocer su virtud y su mérito en la presencia de Dios. Cayó enfermo, y sirviéndole de instrucción su enfermedad, recurrió con mucha humildad á san Basilio : le rogó que viniese á verle : le pidió perdón por la conducta que con él había observado, y le suplicó que orase para que Dios le concediese el restablecimiento de su salud. El Santo pidió efectivamente por él, y le alcanzó la curación. Este prodigio lo publicó Modesto por todas partes : en adelante no dejó de admirar y alabar las virtudes del Santo, y le exhortó á que le escribiese con toda libertad, con el fin de que sus cartas atrajesen á sus amigos al

verdadero conocimiento, lo que hizo el Santo siempre que encontró ocasión oportuna.

Aún cuando, al parecer, nada tenía ya que sufrir por parte del emperador y de Modesto, tuvo, no obstante, que sostener la persecución del vicario del Ponto, que se cree haber sido Eusebio, abuelo de la emperatriz, y empedernido adversario de la fé ortodoxa, y en su consecuencia, del que era su más decidido defensor. Este vicario del profecto encontró ocasión de maltratarle con motivo de que una viuda de elevada posición rehusaba contraer matrimonio con el asesor de un magistrado. Esta viuda se refugió en el santuario para ponerse á cubierto de toda violencia. En su virtud, la tomó san Basilio bajo su protección; pero Eusebio mandó que le fuese entregada esta señora, y para hacer sospechosa la virtud del Santo, ordenó á sus oficiales que hiciesen un registro tan inútil como injurioso en la casa episcopal, é hizo comparecer personalmente á san Basilio, para que se justificase.

Basilio se presentó, pues, en su tribunal, y se le hizo permanecer de pié ante un juez tan lleno de soberbia, que ordenó al mismo tiempo que le quitasen el manto y la túnica. Se le amenazó con azotarle, y Basilio le presentó su cuerpo descarnado. Eusebio le dijo que le haría destrozarse con uñas de hierro, y que le arrancaría el hígado, á lo cual respondió el Santo, que esta víscera le era molesta, y que arrancándosela, se le libraría de una parte del cuerpo que le era muy dolorosa. Pero el pueblo se apercibió de lo que pasaba, y el temor de que su obispo fuese maltratado armó á todo el mundo contra su perseguidor, que no encontró otro medio de librarse de la cólera popular, que trocar su papel de juez por el de suplicante. Se humilló miserablemente para implorar la compasión de los habitantes de Cesarea, y presentándose Basilio ante ellos, los apaciguó y salvó la vida de su perseguidor.

Estas demostraciones de celo, de ánimo y de caridad bastan para darnos una justa idea del episcopado de este invencible defensor de la fé ortodoxa y de la piedad cristiana, sin que sea preciso detallar los demás servicios que prestó á la Iglesia, y las virtudes episcopales que le adornaban. Todos estos por menores pueden verse en san Gregorio Nacianceno, en san Gregorio de Nisa y en los historiadores de la Iglesia, así como en Hermant y en Tillemont. Por último, despues de una larga serie de cuidados, de solicitudes pastorales, de instrucciones, de escritos dogmáticos, de combates contra los herejes, de persecuciones y de trabajos sufridos con heroica paciencia: despues de una vida intachable y pura, siempre penitente, siempre llena de contradicciones y ejercitada en la virtud, las frecuentes enfermedades que venía padeciendo se agravaron y pusieron término á la carrera de sus sufrimientos y de sus méritos.

En el año 377, los godos, á quienes el emperador Valente había recibido como amigos en la Tracia, y á quienes había hecho apostatar de la fé católica para convertirse al arianismo, tomaron las armas contra él, y Dios quiso castigar por medio de ellos al que había corrompido su fé. Le derrotaron cerca de Andrinópolis, el día 9 de agosto del año siguiente, y le quemaron en una cabaña, en que se había refugiado. Graciano, sobrino de Valente, príncipe muy celoso por la fé católica, que ya era emperador de Occidente, lo fué también de Oriente. Hizo llamar á todos los obispos desterrados por su tío, cesando de esta manera, en lo posible, los males ocasionados por los arianos. San Basilio vió entónces realizados sus deseos, y creyó que, como el santo anciano Simeón, debía pedir á Dios que le dejase morir en paz, porque había tenido el consuelo de ver el principio de la pacificación de la Iglesia. Se le concedió esta gracia en los primeros días del año 379, pero

no sin que le precediese un nuevo milagro, no ménos extraordinario que los que en su favor se habían obrado hasta entónces. Quedándole ya pocos momentos de vida, quiso que le trasladasen á la iglesia, para dar el último adios á su pueblo, é imponer sus manos para consagrar á algunos de sus más fieles discípulos, á fin, dice san Gregorio Nacianceno, de que poseyese el altar á los que habían sido educados en su escuela, y le habían asistido y cooperado en su sacerdocio. Esto nos demuestra que á muchos de los eclesiásticos de su jurisdicción los elevó al episcopado, aprovechando la paz que la muerte de Valente había dado á la Iglesia, para establecer obispos católicos en donde no los había.

Llegó al fin, su última hora, toda la ciudad le rodeaba sumida en dolor profundo por la pérdida que iba á experimentar. Diríase que todos querían hacer violencia á su alma, para que no se separase de su cuerpo; pero el coro de los ángeles esperaba al que tanto tiempo había suspirado por su compañía. Así es que, despues de dar algunas piadosas instrucciones, acabó su vida con estas palabras de Jesucristo á su Padre celestial: En tus manos encomiendo mi espíritu. Murió á la edad de cincuenta años.

Hé aquí uno de los mayores elegios que pueden hacerse de su virtud, y que san Gregorio condensa en dos palabras. Al morir, llevó consigo todos los bienes que poseía sobre la tierra: pues no dejó riquezas con que se le pudiese levantar un momento: Esto, sin embargo, no impidió que fuesen solemnisimos sus funerales. La multitud que acompañaba su cadáver era muy numerosa: todos se afanaban por tocar su cuerpo, ó por llevarse alguna parte de sus hábitos. Las plazas publicas, las galerías y todas las casas del tránsito estaban llenas de gente. Los llantos y gemidos impedían que se oyese el canto de los salmos. Toda la ciudad derramaba lágrimas: los paganos,

los judíos y los extranjeros se hallaban mezclados con los católicos, y se disputaban la manera de dar al Santo mayores pruebas de afecto. Por último, despues de grandes esfuerzos para pasar á través de la multitud, se le colocó en el sepulcro de los obispos sus predecesores.

Vengamos ahora á san Gregorio Nacianceno, cuya historia hemos interrumpido para seguir de la san Basilio.

Le habíamos dejado en la soledad del Ponto con Cesario, en la cual no pudo permanecer mucho tiempo, por haberle llamado su padre. No le faltaron tampoco amarguras y trabajos: por una parte estaba obligado á ayudar á su padre en el gobierno de su iglesia, tanto más cuanto que era muy anciano, y á su madre en los asuntos domésticos, sobre todo en la sucesión de su hermano Cesario, que murió á fines del año 368 ó principios del 369. A esto es necesario añadir la debilidad de su complexión física y sus frecuentes enfermedades: así es que no se hallaba exento de cruces, que acompañan siempre á los amigos de Dios. Pero las llevaba con una resignación digna de su piedad, cuando le sobrevino una, que no podía esperar, pues precisamente fué ocasión de ella, aunque inocente, san Basilio, que no atendía á otra cosa que á la gloria de Dios. La Capadoçia, que hasta el año 370 habia formado una sola provincia fué dividida en dos en lo referente á lo civil. Cesarea continuó siendo capital de una de ellas, y la ciudad de Tienes adquirió el mismo rango en la segunda. Antimo, que era obispo de aquella, pretendió que también se había dividido la provincia en lo eclesiástico, y se atribuyó los derechos de Metropolitano sobre las iglesias del territorio, que empezó á conocerse con el nombre de segunda Capadocia.

San Basilio se opuso á ello, y para sostener su posesión tal como la había recibido de sus predecesores, erigió algunos obispos, y entre otros al de Sasimes, pequeña aldea

situada en una de las principales vías de Capadocia, colocando en esta silla á san Gregorio Nacianceno, para que le defendiese contra Antimo, que quería apoderarse de ella. San Gregorio, que era muy amante de la paz y de la tranquilidad, y que no suspiraba más que por su retiro, se vió muy afligido con esta elección, y tuvo que hacerse mucha violencia para ceder á las instancias de san Basilio, y esto por imponérselo su padre como un mandato. Acaecían estos hechos hacia el año 372. Pero cuando quiso ir á gobernar su nueva iglesia, encontró que Antimo se había apoderado de ella, y, segun cree Baronio, había puesto en ella un obispo. No queriendo el Santo establecerse en ella con violencia y lucha, tomó el partido de retirarse á una montaña.

No gozó mucho tiempo de reposo en este lugar: pues habiéndole llamado su padre, se presentó á él, pero á condición de que no iría á Sasimes, y se comprometió á gobernar bajo su dirección la iglesia de Nacianzo, sin que esto le comprometiese para el porvenir. Se consagró á su nuevo cargo con el celo que era de esperar de su piedad, hasta que en el año 374 perdió á su padre, que tenía más de cien años, y casi al mismo tiempo á su madre santa Nona, que próximamente tenía la misma edad. Aún cuando despues de esta desgracia se proponía volver á su soledad, las instancias de toda clase de personas, y en particular de Bosforo, obispo de Colonia, le hicieron desistir de su resolución. Pero no consintió en gobernar la iglesia de Nacianzo sino en cualidad de ecónomo y no como titular, lo cual no carecía de precedentes. De esta manera esperaba que los obispos no tardarían en dar un pastor propio á este rebaño, como lo suplicaba con mucha frecuencia.

Por último, despues de haberlo pedido durante tres años, alegando como razón, que las enfermedades que padecía

le imposibilitaban para el desempeño de sus funciones, y viendo que sus gestiones no daban resultado, se retiró de pronto á Seleucia. No aparece que Nacianzo hubiese tenido obispo hasta el año 381, en que el Santo volvió á ella despues del concilio de Constantinopla, como pronto veremos. Seleucia era metrópoli de la Isauria. Las reliquias de la ilustre santa Tecla se conservaban piadosamente en la iglesia de su nombre, por lo cual el Santo la llama Seleucia de santa Tecla. Allí vivió mucho tiempo, probablemente hasta el año 379. Allí fué en donde, abandonando la gloria, los bienes, las esperanzas del mundo, y hasta la misma ciencia, y en donde contentándose con un poco de pan para alimento, se esforzaba por elevarse sobre las cosas sensibles, para no ocuparse más que de las celestiales. Pero tampoco dejó de encontrar allí su cruz, pues su corazón no podía ménos de sufrir cruel amargura á vista de los males con que los arianos affigían la iglesia de Capadocia, acerca de lo cual escribió muchas cartas á san Gregorio de Nisa, en las cuales le anuncia el fin de la persecución, que tuvo lugar con la muerte de Valente. Graciano que, como hemos dicho, le sucedió, comenzó su reinado dando la paz á la Iglesia, la cual fué de mucho consuelo para nuestro Santo; pero la muerte de san Basilio vino á amargarle nuevamente, sin que pudiese mitigar su dolor la satisfacción de ir á besar sus preciosas reliquias, por hallarse enfermo.

Habiendo dado Graciano la paz á la Iglesia, hizo en 19 de enero de 379 abdicación del imperio de Oriente en el gran Teodosio, príncipe muy católico y adicto á la fé de Nicea. Tratábase de restablecer esta fé en Constantinopla, en donde los arianos habian causado males de mucha consideración. Eran señores absolutos, y empleaban su poder en perseguir con encarnizado furor á los ortodoxos. No había género alguno de oprobio que no empleasen contra